

ROBERT GELLATELY

LA MALDICIÓN DE STALIN

La lucha por el comunismo en la
guerra mundial y en la guerra fría

Traducción castellana de
CECILIA BELZA y GONZALO GARCÍA

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Abreviaturas y glosario</i>	9
<i>Mapas</i>	11
Introducción	15

PARTE I

LA REVOLUCIÓN ESTALINISTA

1. La forja de la revolución estalinista	35
2. Exterminio de las amenazas internas a la unidad socialista..	53
3. Guerra e ilusiones	67
4. Objetivos soviéticos y concesiones occidentales	93
5. La toma de la Europa oriental	115
6. El ejército rojo en Berlín	137
7. Restauración de la dictadura estalinista en una sociedad rota	155

PARTE II

SOMBRAS DE LA GUERRA FRÍA

8. Stalin y Truman: inicios fallidos	177
9. Potsdam, la bomba y Asia	201
10. Venganza soviética y juicios de posguerra	221
11. Venganza soviética y grupos étnicos	245
12. Reafirmación de la ideología comunista	265

PARTE III
LA GUERRA FRÍA DE STALIN

13. Nuevos regímenes comunistas en Polonia y Checoslovaquia	283
14. El modelo de las dictaduras: Bulgaria, Rumanía y Hungría.	305
15. El comunismo en Yugoslavia, Albania y Grecia.....	327
16. Se pasa el momento del comunismo en la Europa occidental.	349
17. Las alternativas de Stalin y el futuro de Europa	373
18. Fracasos del estalinismo: Yugoslavia y Alemania.....	391
19. Mirando hacia Asia desde el Kremlin	411
20. Nuevas oleadas de estalinización.	431
21. Última voluntad y testamento de Stalin	453
Epílogo	473
<i>Agradecimientos</i>	485
<i>Notas</i>	487
<i>Créditos de las ilustraciones</i>	587
<i>Índice alfabético</i>	589

INTRODUCCIÓN

Nadie lo habría adivinado a partir de las fotos que, para el archivo policial, se tomaron de uno de los sospechosos apresados por la policía secreta rusa al poco de iniciarse el siglo xx. Aquel joven barbudo tenía un aspecto desaliñado y tirando a canalla, pero en su cara no se revelaba ningún signo evidente de un mal de raíces profundas, ni siquiera señales de cólera o resentimiento. La policía lo conocía como Yósif Vissariónovich Dzhugashvili, un alborotador, activista sindical y renegado del marxismo, al que arrestaron en varias ocasiones y enviaron al destierro del este. De allí escaparía para volver al ataque en su Georgia nativa, en el Cáucaso. Era miembro del POSR (Partido Obrero Socialdemócrata Ruso), y llamó la atención de Vladímir Lenin, jefe de la facción bolchevique de este partido. En 1912, el joven agitador adoptó el nombre de guerra de *Stalin*, «hombre de acero». Obtuvo reconocimiento por su intervención en las batallas políticas del momento y, sobre todo, por varios escritos, en particular sobre la explosiva e importante cuestión de las nacionalidades en el imperio ruso.

A finales de 1913, la policía lo detuvo otra vez, decidió que ya lo había visto con demasiada frecuencia y lo envió a la Siberia profunda. Allí estuvo hasta principios de 1917, cuando la estructura entera del régimen zarista se vino abajo —aunque no a consecuencia de lo que hicieron Lenin y su minúscula banda de seguidores—. Al igual que Stalin, en su mayoría, los bolcheviques de especial relevancia estaban desterrados.

La inexorable energía revolucionaria de 1917 fue generada por la primera guerra mundial. Aunque al principio, muchos consideraban la guerra como un asunto noble y patriótico de la Rusia impe-

rial, los años de sacrificio y muertes incontables, unidos al descontento en el frente nacional, consiguieron lo que varias generaciones de rebeldes afanosos habían sido incapaces de lograr. La reacción antibélica abrió las compuertas de una revolución social elemental que, en febrero de 1917, arrastró consigo al zar Nicolás II y permitió que los bolcheviques regresaran a lo que Lenin denominó como «el país más libre del mundo». Después de que el gobierno provisional continuara en la guerra, pero sin más éxito que el zar, la revolución golpeó de nuevo en octubre, esta vez con Lenin a la cabeza. Stalin ocupó en el nuevo gobierno un puesto que no le era nada impropio, el de comisario de nacionalidades; en un imperio multinacional como el de aquella época, era una posición de primer orden.

El hombre que dirigiría el Kremlin durante cerca de tres decenios había nacido en Gori (Georgia) el 6 de diciembre de 1878, aunque él acostumbrara a indicar como fecha de nacimiento el 21 de diciembre de 1879. Quizá cambiara el día con la intención, en cierto momento, de no ser reclutado, pero además fue siempre muy reservado con respecto a su origen. Así, la biografía oficial que inspiró, publicada en millones de ejemplares antes y después de la segunda guerra mundial, apenas dedica más de una docena de líneas a su familia y origen.

Cuando Lenin enfermó, en 1921, y al año siguiente se vio obligado a pasar tiempo lejos de Moscú, comenzó una batalla interna, entre la élite del partido, para determinar quién sucedería al amado líder. Stalin estaba bien situado en los comités y obtuvo más apoyo por su hondo compromiso con el leninismo, su pasión por el ideal comunista —unida al realismo— y una actitud implacable en la política que habría complacido a Maquiavelo.

¿Dónde había encontrado la misión a la que dedicó su vida y que lo dominó todo? Tan solo una semana después de la muerte de su héroe, en 1924, en el marco de un discurso pronunciado en la escuela militar del Kremlin, Stalin atribuyó a Lenin su propia «fe ilimitada» en el comunismo. Se refirió a la *Carta a un camarada*, un opúsculo escrito por Lenin en 1902. Él lo había recibido por correo al año siguiente, mientras pasaba el tiempo en uno de sus destierros en el este, antes de entrar en la vida de Lenin. Aunque en 1924 le dijo a su público que el opúsculo incluía una carta personal de su

autor, nunca existió tal mensaje. Quizá en aquellos días, o por alguna reflexión posterior, Stalin entendió que, de un modo extraño y poderoso, la *Carta a un camarada* se había escrito precisamente para él. Este fue el momento de su epifanía, cuando descubrió una nueva fe. Al echar la vista atrás, recordaba que el opúsculo le había «causado una impresión indeleble, que nunca me ha abandonado».¹

La breve «carta» de Lenin parece un esquema general para una moderna organización terrorista, acompañada de un esbozo de la nueva índole de Estado que se crearía a continuación. La visión iba más allá de lo conocido en la bibliografía socialista. A la cabeza de la organización habría un «grupo ejecutivo especial y muy reducido», la vanguardia que lideraría el camino hacia el futuro. Más adelante, en la Unión Soviética, esta vanguardia recibiría el nombre de Politburó («departamento político»). Incluiría a Lenin y, de forma no poco llamativa, también a Stalin. Por debajo del «grupo ejecutivo» imaginado en el opúsculo, habría un comité central formado por los «revolucionarios profesionales» de más talento y experiencia. Las secciones locales difundirían la propaganda y establecerían redes y —en un buen anticipo del futuro— se contaba con que habría un fuerte control centralizado.

Si el leninismo proporcionó la fe y el concepto general, ¿cuándo cruzó Stalin el umbral psicológico de estar dispuesto a matar por ello? Poco después de mayo de 1899, cuando fue expulsado de la escuela secundaria (de hecho, un seminario), se implicó en la política sindical de la capital georgiana, Tiflis, y su segunda ciudad, Batumi. Estaba adentrándose en un mundo violento, en particular tras la gran huelga del ferrocarril de agosto de 1900. La policía acostumbraba a disparar contra los huelguistas y trataba de infiltrarse en sus filas. Los obreros respondían con represalias brutales, que incluían lisiar y asesinar a personal de determinadas empresas. La complicidad de Stalin en un primer asesinato se remonta, según parece, a 1902. Sin embargo, aquí, como en varios casos posteriores del período previo a 1914, carecemos de pruebas directas.² En el Cáucaso, el partido condenó el anarquismo y el terrorismo gratuito, pero ciertamente no vaciló a la hora de librarse de los espías policiales.³

Hasta que fue desterrado en Siberia, en 1913, Stalin «no se diferenciaba claramente de otros revolucionarios en su conducta, pen-

samiento y moralidad». ⁴ Cuando regresó del exilio, en 1917, lo colocaron pronto en una posición de autoridad y, en especial en la guerra civil, que duró hasta 1921, vivió los acontecimientos en toda su diversidad: como comisario, portavoz del gobierno y periodista del partido. Actuó como uno de los agitadores de Lenin. En julio de 1918 estaba de misión en Tsaritsyn, donde por primera vez ordenó realizar ejecuciones en su calidad de miembro del nuevo gobierno. ⁵ Quizá ya lo había hecho antes, pero los años de la guerra civil suponen un nuevo estadio en su carrera revolucionaria, y Tsaritsyn fue especial. Como en reconocimiento de ello, en 1925 permitió que dos camaradas del gobierno, Mijaíl Kalinin y Abel Yenukidze, sugiriesen rebautizar la ciudad en su honor, con el nombre de Stalingrado.

Que Stalin dirigiera, favoreciéndolo desde el gobierno, el asesinato de los enemigos políticos es un hecho cuyo rastro puede seguirse hasta la guerra civil, la «Gran Purga» de los años treinta, la segunda guerra mundial y la guerra fría. Como escrupuloso seguidor de las enseñanzas leninistas, entendía que la violencia era una herramienta que el revolucionario habilidoso blandía contra un enemigo poderoso: los capitalistas y quienes hacían posible su existencia. Al parecer, mató sin remordimiento, siempre que esto le permitía alcanzar un objetivo; pero usó con más frecuencia el arma zarista de la deportación de personas —incluso grupos étnicos enteros— a los que se consideraba «enemigos». Durante los años treinta, en particular, la violencia alcanzó un impulso propio y se tornó contra-productente. Por esta razón, la refrenó.

Es desde luego posible que Stalin fuera un psicópata, o lo acabara siendo, según ha afirmado recientemente Jörg Baberowski en un estudio que se centra ante todo en el terror de los años treinta. Pero sin duda, Baberowski yerra al afirmar que a Stalin, sencillamente, «le gustaba matar» por matar, que la «violencia era un fin en sí mismo» y carecía de relación con los motivos o la ideología de los perpetradores. ⁶ Al contrario, según mostraré aquí, la inspiración de los hombres de la cúspide (al igual que de muchos millones de personas) fue la ideología marxista-leninista según la interpretó Stalin. Su interpretación de los textos sagrados afectó profundamente las políticas económicas, sociales, culturales y de asuntos exteriores del país. Transformó la vida de todos los ciudadanos.

El estalinismo fue más que terrorismo, y sus ideas dominaron la Unión Soviética y la Europa del este en las décadas posteriores. La influencia de Stalin afectó a otros regímenes comunistas de otras regiones del mundo, como China. En 1949, Mao Zedong puso en marcha su régimen emulando conscientemente el modelo estalinista y, en los primeros tres años, él y sus seguidores, según ha escrito un historiador, «provocaron más cambios fundamentales en la estructura social de China que los que se habían vivido en los dos mil años anteriores».⁷

Si el carácter de la psicología de Stalin quizá se asentó pronto, hizo falta más tiempo para que se pusiera de manifiesto su propensión más cruel. En los años veinte, se lo identificó con la idea de hacer «socialismo en un país», en una adaptación moderada de la teoría «ortodoxa» del marxismo-leninismo, según la cual la revolución rusa, para no extinguirse, debía difundirse más allá de sus fronteras occidentales. En las circunstancias posteriores a la muerte de Lenin, la marea roja retrocedió en todo el resto de Europa; pero en Rusia, la idea de «un país» atraía incluso a los militantes que ahora optaron, voluntariamente, por levantar y mantener en funcionamiento el sistema soviético. Al terminar la década, Stalin otorgó una urgencia especial a lo que se convirtió en el gran proyecto de modernización nacional: promovió la industria, introdujo la colectivización de la agricultura y aprobó el uso del terrorismo contra todo el que lo obstaculizara. Buenos bolcheviques y antiguos aliados como Nikolái Bujarin, que aconsejaron moderación, fueron considerados sospechosos, se los apartó a un lado y, con el paso de los años, se les dio muerte.

Ciertamente, es llamativo que, dejando a un lado sus diferencias políticas, en la jerarquía soviética no hubiera nadie —desde luego, no Stalin ni Bujarin— que abandonara el sueño de Lenin de llevar su gran verdad al resto del mundo. Los bolcheviques se enorgullecían de hallarse a la vanguardia de un gran movimiento socialista internacional que sería más fuerte que la guerra y los odios nacionalistas. Lenin había jurado, en 1919, que después de que las revoluciones comunistas barrieran la Europa occidental (y llegaran más allá), los marxistas acabarían estableciendo una «república federal mundial de sóviets» en la que todos los estados serían independien-

tes, con lazos de fraternidad con Moscú.⁸ Un año antes, Stalin entendía que los nuevos estados comunistas del futuro, como «una Alemania, Polonia, Hungría o Finlandia soviéticas» (y otros que pudiera haber, pues preveía que las revoluciones de izquierda tendrían éxito), no estarían preparados «para establecer de inmediato un vínculo de federación con la Rusia soviética». Consideraba que «la forma de aproximación más aceptable [para tales estados] sería una confederación (una unión de estados independientes)».⁹ Sin embargo, no había duda de que terminarían formando parte de alguna clase de imperio rojo.

Según Lenin, las guerras entre los capitalistas eran endémicas y, más pronto o más tarde, el nuevo régimen soviético, ya rodeado por estas potencias, sería atacado. La variación de Stalin sobre este tema pasaba por insistir en los grandes cambios, evitar empantanarse en conflictos internacionales, y no entrar en la batalla salvo para ganar (como «el risueño tercer hombre de una pelea»). Esta teoría estuvo a punto de llevar a un desastre absoluto a mediados de 1941, cuando, gracias a los asombrosos errores del Kremlin, el ataque de Hitler pilló a la Unión Soviética por sorpresa y la dejó al borde de la derrota.

Aun así, Stalin no tardó en teorizar que Hitler —aun sin pretenderlo— estaba interpretando un papel revolucionario. Según este renovado concepto kremliniano, el grado de destrucción desatado por los alemanes ofrecería pronto a los comunistas la primera ocasión real, desde la Gran Guerra, de asumir otra vez el viejo imperativo leninista de llevar la revolución al mundo. En este libro, seguiré la pista de la forma en la cual Stalin y sus camaradas intentaron capitalizar en contra de los fascistas la intensa pasión y los conflictos políticos de la guerra; y de cómo, al hacerlo así, interpretaron un papel clave en el surgimiento de la guerra fría y la carrera armamentística.

Ya en los años treinta, Stalin se había convertido en un dictador, en todos los aspectos salvo en el del nombre, y era dado a emplear el terror como método de gobierno, lo cual justificaba con el teórico fin de proteger la revolución frente a sus enemigos interiores y exteriores. A su vez, él mismo y otros favorecieron un culto al líder que lo convirtió en un dios. Fue inspiración de activistas en su país y el



extranjero, así como de compañeros de viaje y simpatizantes por todo el mundo. En la estela de la segunda guerra mundial, y con su ayuda, algunos discípulos impusieron regímenes de tipo estalinista. Fueron diversos en el grado de severidad y represión, por razones que explicaré. Pero en ninguno de esos lugares, ninguno de estos sistemas podía permitir la supervivencia de las libertades democráticas, de modo que, mucho después de que Stalin desapareciera, muchos millones de personas cargaron con su herencia como un gran peso e incluso una maldición.